

MURIÓ EL MINISTRO-SECRETARIO GENERAL DEL MOVIMIENTO FRANQUISTA: ADOLFO SUÁREZ

La Burguesía española y su estado honran a un gran servidor en las tareas de explotación de la clase obrera, en la muerte del Ministro Secretario general del Movimiento Adolfo Suárez.

La muerte del antiguo ministro secretario general del movimiento, Adolfo Suárez González, además de la exhibición de llanto y el dolor a cargo del ejército de plañideras y plumíferos, mercenarios consumados en el tramposo arte de gimotear y humedecer mejillas, ha venido acompañado por un asfixiante bombardeo propagandístico, que usa la leyenda, la hagiografía más empalagosa y la más descarada y grotesca caricaturización de la Historia con el propósito de conseguir sobre la población en general y sobre la clase obrera en particular, que todos sigan el ejemplo del "gran hombre" y su "gloriosa época", aquella en la que el proletariado español sacrificó todo en el sagrado altar de la muy caprichosa y exigente diosa democracia. Es decir, traducido al lenguaje del materialismo histórico y en interpretación clasista, agrandar todavía más la insoportable explotación, trabajar todavía más y cobrar todavía menos en pos de la causa del capitalismo español, disfrazada, eso sí, por las conmovedoras palabras "España, pueblo, patria, constitución, democracia". Nada ha cambiado desde aquello de lo de "España, una grande y libre", esa y no otra es la lección que aprendió y debe seguir aprendiendo la clase obrera, embriagada por el concepto de pueblo y que no se cansan de esgrimir todos los politicastros consumados o en camino de serlo. Pero nada más lógico: la burguesía y el capitalismo español hicieron un pingüe negocio con Suárez, la experiencia histórica demuestra que las ganancias florecen y se multiplican en democracia. Como reza en su epitafio "la concordia fue posible...", a mayor gloria de la ganancia.

A la hora de glosar la figura del Ministro Secretario General del movimiento, se ha proclamado a los cuatro vientos su carácter de "seductor", su talante, su espíritu conciliador y dialogante, etc., todas ellas cualidades imprescindibles, por otra parte para todo aquél que aspire a medrar dentro de las instituciones del estado burgués. Podrían también de paso, haber citado la ignorancia y la aparente insignificancia necesarias para engañar a los posibles rivales en tan noble empresa. Pero todo esto, para los que partimos de un análisis materialista no son más que las vulgares minucias del intelectual burgués embustero, liante y zalamero en sus distintas variantes (politicastro, historiador académico, periodista y demás estómagos agradecidos a la mano que les da de comer) al servicio de sus amos que no merecen ni el más mínimo comentario. En realidad los auténticos méritos por los que Suárez fue elegido para pilotar la llamada Transición democrática los obtuvo unos meses antes de ser elegido Presidente del Gobierno, en la masacre obrera de Vitoria. Aquí demostró sobradamente, junto con su compinche de ésta y futuras fechorías, Rodolfo Martín Villa, su capacidad para machacar y acribillar a los trabajadores que osan organizarse y luchar, que no le temblaba el pulso a la hora de ordenar abrir fuego sobre el enemigo de clase, enemigo con el que no hay posible acuerdo. La burguesía española descubrió que este era el hombre que necesitaba, que debajo de esa encantadora sonrisa anidaba el espíritu y los actos de un chacal cuando las circunstancias así lo exigían. Por supuesto, nada de esto se

añadió a la pública hoja de servicios del Ministro secretario general del movimiento, ni nadie ha tenido el atrevimiento de ponerlo encima de la mesa en sus exequias. Como suele ocurrir en estos casos, frente al héroe pronto se colocó el villano al que achacar todos los atropellos, Manuel Fraga. Es cierto que éste ocupaba el cargo de ministro del Interior, pero por aquellos días andaba por la RFA en visita oficial y fue su segundo de a bordo en el ministerio quien asumió la responsabilidad de meter en cintura a los trabajadores. Y su segundo de a bordo no era otro que el Ministro Secretario General del Movimiento. La proverbial e incorregible garrulería de Fraga le convirtió en el muy convincente perpetrador de la atrocidad, en un malvado perfectamente creíble de cara a la masa de los trabajadores. Don Manuel tras bramar contra tan grosero embuste se sacrificó por una causa tan noble como la democracia. La posteridad ha sabido agradecerse embelleciendo su siniestra biografía de criminal ministro de información y turismo del franquismo.

En realidad, la democracia, a esas alturas de 1976 era un asunto de pura urgencia y necesidad para el capitalismo y la burguesía española. El sindicato vertical y las instituciones de la Dictadura franquista habían sido pulverizados por las organizaciones obreras, que a muy duras penas controlaban los estalinistas. Pese a estar prohibida la huelga, el capitalismo español perdía por horas de huelga más que cualquier otro homologable, los aumentos salariales empezaban a comerse las ganancias y todo ello en un contexto de crisis internacional de sobreproducción. Era urgente un modelo de sindicalismo como el que se había establecido desde hace años en los países capitalistas más avanzados, que organizara la desorganización de los trabajadores, los quemara y neutralizara para cualquier lucha efectiva, establecer las garantías para que el capitalismo español pudiera superar la crisis y volver a restablecer sus casi evaporadas tasas de ganancias. También pasaba por integrar a amplios estratos de la pequeña burguesía y aristocracia obrera en los goces y placeres del sistema capitalista, léase saqueo del presupuesto, crédito abundante y barato, etc. Pero para tan "encomiable" propósito no bastaba con los buenos oficios del Ministro secretario general del movimiento, había que acudir a los que en principio parecían en disposición de controlar a la clase obrera: el aparato estalinista del PCE y las Comisiones Obreras. Si la historia se puede reducir a una ecuación matemática se puede decir que la "modélica" transición española fue la suma de los muy buenos oficios sumados de franquistas y estalinistas. La matanza de los abogados de Atocha en enero de 1977 demostró el férreo control del PCE sobre la masa organizada de los trabajadores, la burguesía española advirtió que el aparato estalinista era de entera confianza, más allá de las ya antiguas y solemnes declaraciones sobre la democracia y la reconciliación nacional que el PCE llevaba emitiendo desde hacía una eternidad. Y para que lo que en realidad era un vodevil, un chanchullo de trastienda, pareciera un asunto serio, adornaron la peripecia con pelucas, detenciones aparatosas, legalizaciones en Semana Santa, ruido de sables y otras fábulas de asustaviejas que hicieran creíble lo que no era sino una farsa y por supuesto atemorizaran a los trabajadores y les disuadieran de lo que la burguesía entiende como aventuras irresponsables, es decir, cualquier cosa que amenace sus intereses de clase. Don Santiago Carrillo aparecía

hasta tres veces por semana por Moncloa para ejercer sus muy buenos oficios y más preciados servicios de cara a la democracia ante la inenarrable ignorancia del ministro Secretario general del Movimiento de las esencias del noble arte del cretinismo parlamentario, vulgo democracia. Nada mejor que reproducir las memorables palabras con las que justificó la legalización del PCE, toda una memorable lección: *"Pero ¿no es cierto que ha llegado la hora de eliminar la clandestinidad como procedimiento habitual de acción política? Sinceramente señores: ¿No es preferible contabilizar en las urnas lo que en caso contrario tendríamos que medir sobre la base de algaradas callejeras? ¿No es nuestra obligación colectiva llevar el diálogo a las Cortes, en vez de tener que soportarlo en las calles? ¿No es preferible una oposición, aunque fuese radical, comprometida con los intereses nacionales, y, aceptando públicamente las bases de nuestra convivencia? ¿No demuestra la experiencia de otros países que la legalización y concurrencia electoral de los grupos políticos ha sido el procedimiento más eficaz para evitar la toma del poder por los partidos totalitarios?" (El País, 4-5-1977).*

La factura de la democracia rápidamente fue presentada para el cobro a la clase trabajadora. Los pactos de la Moncloa, donde entre otras lindezas se establecieron un tope para los aumentos salariales de un 14% con una inflación de ese año -1977- del 26,4% fueron el principio para el proletariado español de una ofensiva antiobrera que acabó con buena parte de las conquistas arrancadas a la dictadura a base de sangre y sufrimiento. Después vendrían el despido libre, las reformas laborales, la reconversión industrial y sus millones de despidos, las sucesivas reformas de las pensiones, los contratos basuras. Y todo ello manejado por las mal llamadas organizaciones sindicales, administrado por los partidos de la falsa izquierda. "Todo por la democracia" como antes y ahora "Todo por la patria". Y es que la democracia es la forma de gobierno más rentable y barata para la burguesía y el capitalismo: garantiza la "paz social" y en caso de necesidad la "union sacrée" que envíe a los obreros al matadero de la guerra imperialista. Inocula en los trabajadores la venenosa ilusión de que su voto es un acto todopoderoso que decide sus condiciones de vida, siembra la ilusión evolucionista de que las migajas que concede el capitalismo en las épocas de elevadas ganancias (vendidas con pomposas y bobaliconas expresiones como "Estado del bienestar") son eternas e irrefutables e irreatables, con lo que se sume a la masa de los trabajadores en la sumisión, apatía y el acomodamiento con un sistema al que se presenta como civilizado o con "rostro humano", cuando no en las soluciones individuales llevándola a la impotencia ante las continuas ofensivas del capitalismo. Eso sí, para que esto funcione se necesita un sofisticado sistema de falsas organizaciones sindicales y falsas izquierdas, un ejército de politicastos y liberados, que a un precio módico y asequible garantizan los pilares y las necesidades del Capital.

La peripecia personal de Adolfo Suárez demuestra que algo aparentemente inconcebible como el paso de Ministro Secretario General del Movimiento a presidente democrático, es en realidad perfectamente lógico y propio del orden natural de las relaciones económicas y los mecanismos políticos propios del capitalismo. En realidad la diferencia entre la llamada "Democracia orgánica" y la democracia parlamentaria es meramente cosmética, un simple blanqueamiento de fachada. Hace más de un siglo que el capitalismo llegó a su fase

imperialista, dejó atrás la era de la libre competencia y se adentró de lleno en el monopolio y el dominio del capital financiero. A esta base material sólo puede corresponder una superestructura política que en el mejor de los casos proporcione una ficción de "soberanía", mentira piadosa para el consuelo de esa criatura patética que es el votante. Y si el embuste no funciona y la clase obrera osa desafiar el orden capitalista-burgués se corta por lo sano, se implanta la dictadura- de clase, no del patético individuo de turno- y se hace un buen escarmiento entre la masa de los trabajadores. Pero si la clase obrera es masacrada por la dictadura es por que previamente las organizaciones democráticas la han desorganizado y reducido a la mayor de las impotencias. Dictadura y democracia son sólo las dos caras del orden burgués al servicio de la dominación capitalista.

Al hilo de lo anterior resultan sumamente hilarantes argumentos como el del gran sacrificio-harakiri lo llamaron y lo llaman- que tuvieron que hacer las llamadas Cortes Orgánicas al autodisolverse en la ley de reforma política del 76. Olvidan el pequeño detalle de que el 80% de los pintorescos procuradores consiguieron buenos acomodos en los partidos democráticos, con lo que continuar con sus carreras políticas con mayor o menor éxito. En este sentido no hubo un único Ministro Secretario General, sino muchos aprendices con mayor o menor talento en el muy noble arte de la democracia. Hasta el apocalíptico y cerril Blas Piñar, consiguió un acta de diputado democrático, aunque bien es verdad que no le duró mucho la bicoca. Lo malo es que a veces la borrachera de democracia y parlamentarismo se le sube a alguien a la cabeza. Suárez supuso que podía ser Ministro Secretario general del movimiento indefinidamente, solo por el hecho de que había ganado las elecciones. Creyó a pie juntillas que eso y no otra cosa es la esencia de la democracia. Cuando, contra todo lo estipulado en las trastiendas y covachuelas de los consejos de administración se negó a retirarse con el agradecimiento habitual de los servicios prestados, empezó la cacería implacable, una operación de acoso y derribo con todas las marrullerías y acciones gangsteriles de las que todas las bandas de forajidos de la burguesía es capaz. Los superdemócratas llegaron a planear un golpe de estado militar, donde todos (PCE, PSOE, una parte de la UCD y hasta el propio monarca) estaban en el ajo para establecer un gobierno de concentración nacional y quitar de en medio al obcecado e impertinente Ministro Secretario General del Movimiento. El problema es que a pesar de que Suárez dimitió no pudieron parar a los atolondrados de turno y ocurrió lo que todo el mundo sabe, el 23-F. Dentro del bochornoso espectáculo que sus exequias han ofrecido nada más curioso para el que no esté familiarizado con la obscenidad de estos personajillos, que ver la competición de todos sus feroces enemigos de ayer en derramar elogios superlativos, ditirambos y halagos estrambóticos sobre la persona del difunto en el más puro exhibicionismo de "a ver quién la dice más gorda". Lo asombroso es que nadie haya pedido su beatificación instantánea, su elevación a los altares- no a los de la patria en los que tiene un lugar de privilegio- de la Santa Madre Iglesia que posee la patente de estos menesteres; de momento ya le han enterrado en una espléndida catedral y no sería de extrañar que pronto empiecen las curaciones milagrosas en su tumba que acrediten la indiscutible santidad de su inquilino.

El final político de Suárez nos enseña la lección de que nada hay más patético e insignificante que el individuo en la historia, un juguete al que se arroja al cubo de la basura cuando ha cumplido su misión y es un trasto inútil o incluso un estorbo para el normal funcionamiento del sistema capitalista. Los halagos y las zalamerías unánimes con los que se les obsequian son signos de su irrelevancia o de su aprovechamiento como mito, leyenda o incluso mártir al servicio de sus intereses de clase, por supuesto. Para la clase obrera todos estos argumentos son groseras y burdas mixtificaciones diseñadas para nuestra parálisis e idiotización. Para nuestra clase no fue sino un fiel y leal servidor del orden burgués que no dudó un instante en derramar nuestra sangre, cuando la defensa del capitalismo así lo exigió. Por eso se le honra y se le agasaja. Claro que hay algunos agasajos y

EL CADÁVER TODAVÍA CAMINA

[De «Sul Filo del Tempo», Mayo de 1953]

No es por sacrificar la actualidad del innoble Mayo que transcurre, y toma un lugar digno entre varios de sus predecesores consagrados a los transcurros de la «**dura amazona**» Libertad, reducida ya a vieja trotona, por lo que nos ocuparemos una vez más del tema: proletariado y electoralismo.

En efecto, sin dar importancia alguna al pronóstico o a los sondeos estadísticos de los resultados, aquí desde hace más de treinta años rechazamos también esta última afirmada utilidad del índice cuantitativo de las fuerzas sociales, y por tanto sin intentar el frío bosquejo o admirar la pálida fotografía en números actuales, y del país italiano, enlazaremos en breves trazos las posiciones de un período histórico cuyas inmensas lecciones son inutilizadas en gran parte por el estado para observar a las masas que acuden –aunque con visibles y amplios reflujos de desconfianza y disgusto– a las urnas.

En 1892 en el Congreso de Génova se constituyó el Partido Socialista Italiano con la separación de los marxistas de los anarquistas. La polémica y la escisión reflejan de lejos la que puso fin a la Primera Internacional entre Marx y Bakunin, y como se dijo, entre autoritarios y libertarios. En un primer plano la cuestión se ve así: los marxistas están, en aquella época, por la participación en las elecciones de los organismos públicos administrativos y políticos, los libertarios están en contra. Pero el verdadero fondo de la cuestión es otro (ver los escritos de la época de Marx y de Engels sobre España, etc.). Se trata de rebatir la concepción revolucionaria individualista para la cual no se debe votar con el fin de «**no reconocer**» con ese acto al Estado de los burgueses, con la concepción histórica y dialéctica de que el Estado de clase es un hecho real y no un dogma que baste con cancelar, más o menos ociosamente, por la propia «**conciencia**», siendo históricamente destruido sólo por la revolución. Es éste por excelencia un hecho de fuerza (decía Engels ¿existe algo más autoritario que la revolución?) y no de persuasión (y aún menos de recuento de opiniones), de autoridad y no de libertad, que no será tan ingenua como para lanzar al vuelo a los individuos autónomos como a una jaula de pichones, sino que construirá la potencia y la fuerza de un nuevo Estado.

De manera que, en esta contienda entre aquellos que querían entrar en los parlamentos y aquellos que querían quedarse fuera (pero como corolario de errores mucho más

honores envenenados. No sabemos si por pura estulticia de alguno/a o por una inconfesable animadversión hacia el ilustre finado (con estos especímenes se puede esperar cualquier cosa) se ha renombrado el aeropuerto internacional Madrid Barajas como Aeropuerto internacional Madrid Barajas-Adolfo Suárez

Sí, al antiguo Ministro Secretario general del Movimiento se le adjudica esa colosal ruina de aeropuerto, con sus estancias vacías y fantasmagóricas, uno de los buques insignias de las fantochadas ruinosas del capitalismo español ¿Se busca librar de cualquier responsabilidad de ese montón de escombros con la santa etiqueta de Adolfo? ¿O más bien es el clavo ardiendo al que agarrarse para evitar la ruina, recurrir a la fe en los milagros como último clavo ardiendo al que agarrarse?

graves incitando a los proletarios a negar el Estado de clase, el partido político de clase, y finalmente la organización sindical), eran los socialistas marxistas y no los anarquistas antielectoralistas y antiorganizadores los que negaban la burla burguesa de la libertad, base del engaño de la democracia electiva.

La recta posición programática era la de reivindicar no tanto la «**conquista**» formal «**de los poderes públicos**», sino la futura «**conquista revolucionaria del poder político**», y vanamente el ala derecha posibilista y reformista trató de encubrir la fórmula lanzada por Marx desde 1848: ¡Dictadura de la clase obrera!

La burguesía europea ampliamente avanzada en el campo de las reformas sociales y de seductoras invitaciones de colaboración a los dirigentes sindicales y parlamentarios de los obreros, entra en el circuito explosivo del imperialismo, y en 1914 estalla la primera guerra mundial. Una ola de extravío asalta a los socialistas y a los trabajadores, que incluso habían proclamado en la vigilia, en Stuttgart y Basilea, que se habría contrapuesto a la guerra la revolución social. Los traidores comienzan a medir la catastrófica situación que arrolla decenios de rosadas ilusiones, no con el metro del marxismo proletario, sino con el de la libertad burguesa, cuyos clamores más altos se elevan cada vez que la causa y la fuerza de nuestra revolución se arrodilla.

La existencia de Parlamentos y del derecho al voto es invocada como patrimonio asegurado al proletariado que debe defenderlo permitiendo que le encuadren y le armen en el ejército nacional: y así los trabajadores alemanes estarán persuadidos para hacerse matar para acabar con el peligro zarista, y los occidentales contra el espectro kaiserista.

El Partido Socialista Italiano tuvo la ventaja de un lapso de tiempo para decidir antes de acceder a la unión nacional: rechazó decididamente cuando el Estado italiano habría debido seguir a los alemanes en alianza política, refugiándose en la fórmula de la neutralidad (insuficiente, como declaró el ala revolucionaria aún antes del mayo relampagueante de 1915) y supo luego resistir a la oposición cuando la burguesía bajó «**al campo de la libertad**» atacando a Austria.
